

La próxima guerra

¿Aún no ha sonado el último cañonazo en esta guerra (¡tantos sonarán todavía!) y ya se está pensando en la futura contienda?... Así es. En las cenizas de esta lucha se incuban ya la próxima. Y a verlo vamos.

Los imperios centrales (Alemania sobre todo) vivían y medraban gracias a su industria y su comercio, que de 1903 a 1913 dió un salto prodigioso, pudiendo calcularse en un 82 por 100 el aumento de su comercio exterior, y como hace observar Ryc-Kman-Betz en *Le XX Siécle*, las potencias con las cuales hoy está Alemania en lucha eran precisamente sus mejores clientes. Como la guerra no ha de durar eternamente, o mejor dicho, como el período activo de la guerra algún día cesará, que la guerra es eterna y los tiempos de paz son solo paréntesis de reposo para cobrar nuevos bríos y luchar de nuevo, los imperios centrales, a la par que sus fábricas producen cañones y municiones sin cuento, plétóricos de vida, no han paralizado su industria y han comenzado a almacenar los productos fabricados para en el momento que comience ese alto en la lucha que se llama paz, venderlos por el mundo entero. ¿Es pecado?... Si lo fuera habría que convenir que era pecado trabajar; que debía alabarse la pereza de la cigarra, que se pasa el día cantando, y castigar la laboriosidad de la hormiga, y los moralistas de todas las épocas nos han dicho todo lo contrario... A golpes de martillo y azadón, la humanidad ha avanzado... ¿No es, pues, lógico, que los defensores del progreso, de la justicia y de la civilización (sabido es que esto no reza con los bárbaros de los imperios centrales), intentaran en bien de la humanidad multiplicar sus esfuerzos, sus golpes de martillo y azadón, para, entonando un himno al trabajo, sumando todas las energías humanas y estimulados por la actividad de los bárbaros, mejorarse las condiciones de vida del ser que se llama racional?... ¡Sí, sí! ¡Buenos y guardas!... Las cigarras, cigarras son, y sólo por un milagro se tornarían en hormigas... Parece lo natural que el que se pasa la vida cantando y ve que su vecino progresa porque trabaja, trabajase a su vez, pero como la envidia es mala consejera, el que por su debilidad, su ineptitud o su pereza, no es capaz de forzar su producción, encuentra más cómodo que duplicar su esfuerzo, anular el de su vecino, cerrarle las puertas de las casas donde fueran a remunerar su trabajo.

Y he aquí que los belgas han sido los primeros que han visto cómo los imperios centrales, a la par que repi-

caban en la guerra, andaban en la posesión de almacenar productos de su industria; han dado la voz de alarma, según el senador francés Mr. Herriot, y los aliados se han reunido en París... ¿Para convenir en el medio de trabajar más y más barato?... No; para arruinar la industria y el comercio de los imperios centrales; para cerrarles los mercados de los que fueron sus mejores clientes, hoy sus enemigos, y para intentar arrastrar dentro de este dogal económico al comercio de los neutrales, porque (dejo la palabra a *Le XX Siécle*) «es preciso para la paz del mundo, para la libertad de los pueblos y la dignidad de las naciones, que la reproducción de lo que ha pasado sea en adelante imposible. Se abatirá más fácilmente a Alemania por la ruina de su crédito y la restricción de su actividad industrial y comercial, que por el peso de las armas. Será más seguramente y más definitivamente vencida por las medidas comerciales que están en el programa de la Conferencia de París, que por la destrucción de sus ejércitos o la toma de sus fortalezas». Si esto es una confesión de impotencia para resolver el problema a mano armada. Pero ¡ay! hasta en esta futura guerra comercial, para la cual se preparan unos y otros (los aliados tendrán en Octubre próximo en Roma una segunda Conferencia), se ve aletear la victoria del lado de los imperios centrales. Véase lo que el periódico francés citado dice: «Austria-Alemania reúne grandes ventajas: situación geográfica continua; semejanza de lenguas; una centralización del gobierno muy fuerte; disciplina y jerarquía civil y administrativa respetadas y obedecidas; organización comercial e industrial prácticamente montada.

Los aliados, por el contrario, están desperdigados, hablan lenguas diferentes, tienen sistemas fiscales y aduaneros opuestos; el poder central no tiene entre ellos la misma autoridad, y el individualismo es más poderoso... Todos esos defectos los quieren por lo visto subsanar a golpes de conferencias y discursos, empeñándose en amalgamar lo que no puede amalgamarse, fundir lo que no es fundible. Demos por supuesto, sin embargo, que esa fusión se lleve a efecto y que la guerra terminase (lo que no espero), sin que los imperios centrales consiguieran desbaratar ese nuevo dogal con el que quieren estrangular sus energías, y el menos avisado verá que en el convenio comercial que quieren hacer los aliados está latente otra guerra, que no habían de permitir dos pueblos que fácilmente reaccionarían en razón de su vitalidad por muy agotados que quedaran después de esta lucha, que se les anulase y de-

bilitase a mansalva... Y aquí de los españoles. A nuestras puertas han llamado pidiendo nuestra ayuda los que se llaman defensores de la libertad de los pueblos, y hemos tenido la virtud de hacer oídos de mercader a sus voces. ¿Será absurdo suponer que querran arrastrarnos a tomar parte en ese convenio por el cual se trata de cerrar los mercados a los productos austro-alemanes y evitar que a las manos de éstos lleguen primeras materias a precio que pueda convertirse en remunerador el trabajo que empleen en transformarlas?... Creo que no. Y España debe pensar que tras el conflicto económico vendrá el conflicto armado, pues sólo a cañonazos se desbaratan los absurdos, que los que se unan comercialmente, militarmente tendrán que marchar juntos después, que están reñidos con el espíritu caballeresco español ciertos procedimientos que pueden ser defendidos y amparados sólo por mercaderes, que a más, nuestros productos, similares muchos de ellos con los de Francia e Italia, no tendrían fácil salida en los mercados de estas naciones, y si en los austro-alemanes, de los que a su vez se podrían recoger los productos de la industria de los imperios centrales a buen precio, y por fin, que el quiera sacar castañas del fuego, que meta solito las manos en él.

ARMANDO GUERRA

Casos y cosas

«Repasando los partes oficiales rusos, se deduce que en una semana, los rusos han matado a 150.000 austriacos.»

(«El Mundo»).

Las lamentaciones de Francisco José

¡Ahora «capisco»,
ahora comprendo,
que es perra mi suerte,
que es mi hado funesto!
En una semana,
poco más o menos,
¡ay! ¡la cuarta parte
de un millón de muertos!
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los viejos!»

Apenas el ruso
se lanza a hacer fuego,
caen los austriacos
sin tasa y sin cuento,
formando montones
que llegan al cielo.
¡Ay! ¡Voy a quedarme
cual Pablo en el yermo!
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los viejos!»

Muchos hijos tuve,
¡me ahoga el recuerdo!
Me los robó todos,
bado triste y fiero.
Pero ahora, ¡ay triste!
Pero ahora, ¡ay triste!
Sin un mal austriaco
muy pronto me quedo.
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los viejos!»

Para mis leales
todo está muy negro.
Pues, no hacen un blanco
ni para un remedio,
y en vez de usar balas,
usan caramelos,
judías, albóndigas,
anises y «pésols»,
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los viejos!»

Si a este paso andamos,
pronto vendrá el tiempo
en que el Austria toda
será un gran desierto,
habitada sólo
por los negros cuervos.
Yo seré la esfinge,
reina del silencio.
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los viejos!»

¡Caramba, estos rasos
son el propio infierno!
Lo que a otros les cuesta
oro, sangre y tiempo,
ellos de un plumazo
se lo encuentran hecho.
Se tragan el mundo
cual sorben un huevo.
«¡Dios mío, que solos
se quedan los viejos!»

Así, Paco Pepé,
que, aunque es vejezuelo,
conserva el sentido
y el humor muy fresco,
comenta las «muertes»
que el ruso va haciendo,
usando por arma
la pluma en los dedos;
mientras los austriacos
en tierras de Arsiero,
hacen dar carreras
a los «bersalleros»,
y con disimulo
van Italia adentro...

SAX

El submarino, el gobierno y la prensa

Indudablemente que hay aquí dos pesas y dos medidas cuando de apreciar y juzgar la conducta de los beligerantes se trata.

La violación de la neutralidad belga produjo explosiones de indignación; y hasta se encuentra uno con almas candidas que aceptan muy convencidas la idea de haber intervenido Inglaterra en la contienda europea movida de sus humanitarios y generosos sentimientos ante el atropello por la fuerza bruta de una nación débil e inocente.

Grecia, en cambio, que ve ocupadas varias de sus islas por una de las partes beligerantes, en poder también de esos mismos respetuosos beligerantes una parte del territorio nacional, e intervenida por los mismos la gobernación del Estado; Grecia, decimos, convertida en juguete de ingleses y franceses, no merece las consideraciones y la compasión que tanto se prodigaron a Bélgica. Hay por lo visto neutralidades dignas e indignas de respeto, o beligerantes con privilegio y sin él para meterse en casa ajena.